



CARLOTA DE LENGEFELD



CARLOTA DE KALB



CARLOTA DE STEIN

colocando al autor entre aquellos pocos poetas que viven no sólo en la historia de la literatura, sino en el alma y la boca del pueblo.

Mientras que en la Alemania septentrional los confederados del bosque bailaban en torno de su «Roble de la alianza,» habíase formado en el Sudoeste, en la region del Mein y del Rhin, una sociedad de jóvenes impetuosos, sin celebrar pacto alguno, pero que, reunidos casualmente, dispersáronse pronto por efecto de la efervescencia y opresion de aquella época. Francfort, Darmstadt, Gessen, Estrasburgo y Wetzlar eran los países donde se agitaban aquellos genios originales. Era un grupo de Titanes, ó por lo ménos creíanse tales los Wagner, Hahn, Lenz y Klinger; pero sólo á Goethe le fué dado escalar aquel Olimpo de la poesía, cuyo verdadero camino le habian señalado Herder y Merk. Pero no, no á él solo, pues, continuando la figura, si Wolfgang Goethe subia por un lado del monte de los dioses como al asalto, por el otro comenzaba á trepar su contemporáneo Federico Schiller, más jóven, pero de igual condiccion. Inútil parece observar que las palabras subir al asalto y trepar se han elegido exprefeso tanto



LA REINA LUISA DE PRUSIA Y NAPOLEON EN TILSIT

para indicar la diferencia de vida de los dos excelsos poetas alemanes, como la de su elevación á la perfección clásica.

La aparición del joven Goethe era en todas partes el triunfo del hombre elegido; así en Leipzig como en Estrasburgo, cuando el «bellísimo estudiante» entraba en el salón de una fonda, los cuchillos y tenedores de los presentes quedaban en suspenso, y los que estaban á punto de apurar una copa volvían á dejarla en la mesa sin beber, sólo para admirar la belleza del joven. Y en todas partes sucedía lo mismo: en Sesenheim, donde el amor de Federica Brion fué para Goethe el sol que iluminó los días más felices de su existencia; en Darmstadt, donde el «joven hijo de los dioses», que había ido á visitar á su mentor Merk, fué acompañado hasta fuera de la ciudad por las damas casadas y solteras hermosas; en Wetzlar, donde «debió sufrir los dolores de Werther» para poder cantarlos luego; y por último en Weimar, donde cautivó á todos, hombres y mujeres. Compárese con esto la mísera juventud de Schiller en la pobre casa paterna de Marbach, en Kamnstadt, en Ludvigsburgo, en Lorch, en la soledad y en la academia militar de Stuttgart. Pongamos ahora en parangón estos dos contrastes: Goethe haciendo en Weimar, en 1779, las delicias de la corte y de sus convidados, al desempeñar el papel de Orestes de la *Ifigenia*, mientras que su íntimo amigo, el duque Carlos Augusto, hacía el de Píldes; Schiller, entre tanto, cirujano de regimiento, compareciendo un día del verano de 1782 en el castillo de Hohenheim, como un esclavo, ante el duque Carlos Eugenio, para ser reprendido duramente por haber escrito *Los Bandidos*, tratado como un malhechor y despedido con las siguientes palabras: «Ahora váyase, y le advierto que en adelante no haga imprimir ningún otro libro que no sea de medicina. ¿Me ha entendido usted? Le digo que no escriba más comedias, so pena de ser degradado y reducido á prisión.» El joven Goethe era llamado, como amigo predilecto de su duque, para habitar la elegante casa paterna de Weimar; mientras que el joven Schiller debía huir de noche de su mísera vivienda para no exponerse al furor ducal, tan cruelmente manifestado en Schubart. ¿No bastan estos contrastes para comprender que de ello resultó lo que debía resultar, es decir, que en Goethe la soberanía del genio y en Schiller el imperio del deber fueran el principio y la fuerza determinante?

La presencia de Goethe en la corte de Weimar, la afectuosa fraternidad entre el poeta y el duque, y el rápido desarrollo del genio que agitaba á la pequeña residencia de Ilm, señalan ruidosamente el progreso del espíritu moderno hasta en los círculos que ántes le estaban cerrados. Aquella corte «de las Musas», con sus genios que iban y venían, con su espíritu osiánico-wertheriano, con sus faltas y exageraciones, con sus farsas aristofánicas, con sus inclinaciones shakespearianas, con el titanismo de Klinger, con sus comedias y amoríos, sus cabalgatas y excursiones, sus cacerías, sus banquetes y su descoco, que traspasaba todos los límites de la etiqueta y de la conveniencia, aunque en medio de las más desenfrenadas diversiones conservaba como un soplo de idealismo; aquella corte de las Musas, repetimos, ¿no era un hermoso modelo de revolución? Pero de una revolución que no se limitaba á desechar las formas sociales, sino también algunas veces las ideas fundamentales de la moral, en términos de que en aquella atmósfera, un hombre de tan exquisita moralidad como Schiller llegaba al punto de admitir en serio la monstruosa idea de una bigamia con dos hermanas. La posición que las mujeres ocupaban en la sociedad de entonces, durante los «alegres tiempos de Weimar», es muy

importante para la historia de la civilización: la excéntrica duquesa Amalia, mujer de gran espíritu; Carlota de Kalb, la «Titánida» de Schiller, adorada de Juan Pablo, amiga de Goethe, de Fichte y de Holderlins, y que conservó hasta la última vejez la efervescencia de su espíritu; Carlota de Stein, la mejor de todas, la «gran llama» de Goethe, llama que se extinguió melancólicamente cuando su adorado amigo la abandonó para ir á componer sus *Elegías romanas* en brazos de la lozana y hermosa Cristina Vulpius; Carlota de Lengefeld, en nuestra opinión la «mejor de las Carlotas», luz y consuelo de la vida de Schiller, con su noble y bella Carolina; la hermosa cantante Corona Schroter, también llama de Goetz durante algún tiempo, y no de poca importancia; Emilia de Berlepsch, resueltamente «emancipada»; Sofía de Schardt, á quien no bastó el evangelio de humanidad de su amigo Herder para impedir que se convirtiese al papismo; y finalmente aquella poetisa Amalia de Imhof, maravillosamente bella, con su blanco traje griego y sus celestiales ojos chispeantes de espíritu. Algunas de esas mujeres, de más ó menos genio, tomaron una parte activa en la fermentación que produjo el clasicismo alemán.

Pero si se consideran en conjunto las relaciones entre las mujeres alemanas de aquel tiempo y los hombres eminentes, si se estudia imparcialmente el modo de ser de aquella ciudad y su género de vida borrascoso, que tendía á todo lo extraño, lo fantástico y lo exagerado, fácilmente se comprenderán las palabras de J. P. Richter cuando en 1798 escribía á un íntimo amigo suyo: «Las costumbres de este pueblo no se pueden describir sino verbalmente; todo es aquí revolucionario hasta la audacia y no se respeta á las espaldas. Es evidente que en los ánimos se efectúa una revolución intelectual, más trascendental y no menos mortífera que la política.» Y sin embargo, en Weimar se hacían las cosas con mucha finura y muy discretamente, en comparación del desenfreno que entonces reinaba en Berlín. Un testigo ocular, bien digno de fe, el director de la Academia, Schadow, que en su juventud había observado la disipación de aquella vida, la describió en su vejez del modo siguiente: «En tiempo de Federico Guillermo II reinaba la misma disolución; todos se embriagaban con champagne y hartábanse de golosinas; todas las familias trataban de acercarse al rey y á la corte; todos tenían á gala ofrecer sus esposas é hijas, siendo los nobles los que en esto mostraban más afán. Todos cuantos se entregaron á esa vida murieron miserablemente, con el rey á la cabeza. Nadie podría imaginar el efecto benéfico que produjo después, en medio de tanta crápula, el ejemplo de Federico Guillermo III y de su noble y buena esposa, la reina Luisa.» Por fortuna, aquella ilustre princesa, admiradora de Schiller y de Juan Pablo, no era la única que reunía elevadas dotes, pues tenía algunas imitadoras, entre las cuales figuraba la duquesa Luisa de Sajonia Weimar. Esas mujeres han ejercido una benéfica influencia en la regeneración de las costumbres, justificando las palabras de Goethe cuando dijo:

«Si quieres conocer exactamente  
Lo que es bueno y decente  
Pregúntalo á las damas elegidas.»